



SERGIO VODANOVIC

EL CONFLICTO EN LAS VENAS

Un hombre que ha abierto puertas: así se define Sergio Vodanovic, dramaturgo, que no vayan a pensar que es escritor, advierte. Desde que en los años 50 debutó con *El senador no es honorable*, el teatro chileno le debe mucho, pero él siente que ya no está para ese bollo: aunque sigue produciendo obras de teatro, sabe que no se estrenarán aquí, y ocupa sus mayores energías, y se divierte, creando teleseries; la última, para México.

D ⁶⁶ CAROLINA DÍAZ
ice que lo suyo está añejo: hacer un teatro que ponga el dedo en la llaga, lo entierre allí y lo saque con reflexiones acerca de la justicia o la tolerancia.

Sergio Vodanovic, el autor de *Deja que los perros ladren*, *Viña* y *Nos tomamos la universidad*, no rezonga. Tiene 70 años, y los últimos meses los ha pasado escribiendo -por encargo del grupo mexicano Televisa- la teleserie *Vega Verde* (ver recuadro).

Afirma que ya no se siente parte de una especie de fraternidad teatral. Es más: que ni siquiera se siente espectador. "Voy muy poco al teatro. Cada día me interesa menos lo que se está haciendo. Cualquier tipo cree que es cuestión de saber leer y escribir

para hacer una obra". Aun así, admite que en estos días ha logrado entusiasmarse con *Tres mujeres altas* y *Quarteto*. "He visto ahí a gente rigurosa dirigiendo y a varios actores y actrices interpretando buenos papeles".

Tal como rompió con el naturalismo y el criollismo imperantes en el teatro chileno de los años 50, Vodanovic rompió en la década pasada con la premisa de que un dramaturgo no podía crear teleseries. El nunca se ha avergonzado de haber conseguido grandes éxitos para el género en Canal 13: *Los títeres*, *Villa Nápoli*, *La intrusa* y *Secreto de familia* son algunas de sus medallas en ese campo, aunque haya quien las considere manchas dentro de su extensa trayectoria. Y no se empeña en esconder el motivo: escribir lo entretiene. Lo entretiene tanto, que continúa produciendo obras de teatro, a pesar de que sabe que no se estrenarán.

Al menos en Chile.

-México está absorbiendo a muchos guionistas chilenos. ¿La fuga de talentos se debe a que no es posible hacer buenas teleseries en Chile?

-Yo puedo hablar sólo por mí. Yo estaba escribiendo teleseries para Canal 13, con éxito, me pagaban bien, pero de pronto, con mi última teleserie, hubo un problema: por primera vez Canal 7 aventajó en los primeros capítulos a la mía, que era *Doble juego*. Canal 13 decidió juvenilizarla y prescindió tanto de mí, que cuando la veía ni yo mismo la entendía. Me faltaron el respeto y la charquearon. Sucede que habían descubierto que las teleseries las veían grupos juveniles, y desde entonces se ha dado la teleserie juvenil, que a mí personalmente no me interesa para nada. La encuentro de una frivolidad tremenda; no hay ni personajes ni conflictos, ni nada que a mí me interese ni ninguna cosa que yo sé hacer. En México, en cambio, buscan justamente eso que yo sé hacer: la creación de personajes, de conflictos y de situaciones dramáticas. Lo juvenil, tal como se trata aquí, es algo muy frívolo; no hay pasiones fuertes; son pololeitos, peleitas, y eso no me interesa nada.

-Usted fue denigrado, a principios de los 80, por ser el primer dramaturgo que aquí salió del teatro para meterse en la televisión. ¿Por qué ahora es menos doloroso que un autor dramático o un escritor hagan teleseries?

-No puedo hablar en general. Yo creo que mi ejemplo abrió los ojos sobre esa posibilidad. Es completamente absurdo desdeñar la idea de las teleseries. El prejuicio se ha vuelto absurdo. Lo que sí hay que tener en cuenta es que la teleserie es un género que tiene sus reglas y no te puedes meter en él imponiendo reglas de otro género. Si quieres hacer literatura en una telenovela vas muerto, porque no es un género para hacer literatura, es para hacer melodrama, y se necesitan elementos como la dicotomía entre buenos y malos, que se puede suavizar, pero que es fundamental. Una vez, en una de mis teleseries, puse una mala que tenía motivos para serlo y que tenía un amor tremendo por su padre paralítico. De pronto había una escena en que ella estaba con el padre y lloraba. Arturo Moya Grau vio esta escena y me dijo: "Eso, Sergio, no se hace". Bueno, yo lo hago, pero lo hago con mesura. Esto es un ejemplo de que hay ciertas reglas que hay que mantener para que el género siga.

-¿Pero por qué de repente a los dramaturgos y a los escritores "serios" les

